



27 de diciembre de 1874

La adoración, primer deber de la criatura hacia Dios

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Quería hablaros hoy de un gran deber que tenemos para con Dios, y del que no podemos prescindir, y es la adoración. Para nosotros, que unimos a la enseñanza la adoración del Santísimo Sacramento, debemos ser especialmente religiosas adoradoras.

Quiero pedirlos, por lo tanto, que al traer al pie del pesebre este pensamiento, este sentimiento, esta vida interior que debe ser la vida habitual de nuestras almas, os deis cuenta de lo que es la adoración. Al mismo tiempo que es el respeto, el servicio soberano a Dios, el reconocimiento de sus derechos y perfecciones es, y aún más, la cumbre del amor.

Entre los hombres, cuando decimos: *Lo adoro*, es la expresión más fuerte y hiere los labios cristianos cuando se aplica a las criaturas. A este respecto, os recuerdo las bonitas palabras de un niño. Le preguntaron si amaba a Dios: "Sí", respondió, *le adoro*.

De hecho, la adoración es la perfección del amor, la expresión lo más ardiente, de lo más respetuoso, de lo más entregado, el más fiel, de todo lo que le hace a uno salir de sí mismo, entregar todo su ser y pasar al que se adora.

Nuestro Señor Jesucristo, al hacerse niño en el pesebre, nos pide que le demos este amor de adoración, para que, saliendo de nuestra propia vida, entremos en la vida del niño Jesús, y que, diciéndole *Te adoro*, se lo digamos para ofrecerle todo lo que es más ardiente, más generoso, más vital, más delicado en nuestros corazones, todo lo que podemos dar para vivir en Jesús como niño mucho más que en uno mismo.

Aquí, como siempre, hacemos un pequeño examen. ¿Cuáles son las ataduras que me retienen? ¿Cuáles son los lados defectuosos por los que vivo en

mí mismo? ¿No soy más sensible a lo que me afecta a mí que a lo que afecta a Jesucristo?

¿Cómo puedo, con un amor tierno, vivo y ardiente, por el amor en su plenitud, transformar todo lo que me hace vivir en mí para vivir en Jesucristo, en su sencillez, en su pobreza, en su humildad, en su amor, en este cuidado de tenerlo siempre conmigo, llevarlo en brazos, estar atento a todo lo que le afecta? Así, arrancando por un amor ardiente todo lo que hace que esta pobre plantita humana aún permanezca en el viejo Adán, en la naturaleza, la llevaré a ese ámbito de la gracia donde todos hemos sido plantados por el bautismo para vivir de Jesucristo, por Jesucristo, en Jesucristo. Este es el camino más seguro y fácil.

El amor es lo más poderoso en nosotros. ¿Qué es lo que hizo a San Juan tan santo, tan perfecto, tan revestido de todas las perfecciones de un gran profeta, un gran apóstol, un gran mártir, un gran confesor de Jesucristo? Es el amor tan completo, tan puro, tan virginal, tan tierno, por el que se unió a nuestro Señor Jesucristo. También nuestras almas están llamadas a este amor. Si nuestro Señor nos ha sacado de entre los hombres, es para que después de San Juan, no lo abandonemos ni en el pesebre ni en la cruz.

San Juan conoció por primera vez al Señor en su vida ordinaria y pública. Intentó seguir a su Maestro, cuando fue detenido por los soldados y huyó, se cree, dejando su ropa entre sus manos: pero pronto regresó, y lo encontramos en el Calvario. Fue él también quien, según la tradición, acompañó a la Santísima Virgen cuando buscaba las huellas ensangrentadas de su divino Hijo en el camino doloroso. Estaba allí cuando el cuerpo de Jesús fue embalsamado y colocado en la tumba.

El día de la Resurrección, cuando Magdalena anunció a los apóstoles que Jesús había resucitado, fue Juan el primero en llegar a tumba. Todo esto lo hizo por la gracia de un amor santo, un amor ardiente, un amor de adoración que se debe a quien vino a buscarnos y salvarnos de una manera tan sorprendente, tan incomprensible, que sobrepasa todos nuestros pensamientos, a quien haciéndose niño nos muestra un amor que nunca alcanzaremos.